



Ilustración: Natalia Rizzo

El capital en el siglo XXI

SOBRE THOMAS PIKETTY Y LA DESIGUALDAD COMO DESTINO MANIFIESTO

PAULA BACH

Economista, Instituto de Pensamiento Socialista Karl Marx.

Segundo en la lista de *bestsellers* de Amazon y tercero en la lista de *The New York Times*; según *The Guardian*: “Llevarlo debajo del brazo se ha convertido en la nueva herramienta de conexión social en ciertas latitudes de Manhattan”. El libro al que algunos consideran como la contratara del fenómeno Fukuyama y al que sugestivamente se conoce como “*Capital*” en Estados Unidos, desató un apabullante abanico de críticas provenientes de todas las comarcas de la teoría económica. No por casualidad en un contexto de vacío ideológico de la teoría económica burguesa abierto por la crisis de 2008, el libro de Piketty, centrado en el análisis de la dinámica de la desigualdad en el capitalismo, se transformó en un hecho político con epicentro en el mundo anglosajón y particularmente en Estados Unidos.

Una maquinaria productora de desigualdad

Si algo tiene de sorprendente el trabajo de Piketty, tratándose de un economista que sigue

los postulados del *mainstream*, es la identificación del capitalismo con una maquinaria intrínsecamente productora de desigualdades a través de una exhaustiva investigación empírica que abarca desde el siglo XVIII hasta nuestros días. A más de un siglo del famoso debate al interior de la Socialdemocracia alemana y aún sin quererlo, Piketty demuestra con datos contundentes que la razón estaba del lado de los marxistas que, como Rosa Luxemburgo, enfrentaron duramente al revisionismo de Bernstein¹ que entre otras varias cuestiones sostenía que el capitalismo avanzaba hacia una mayor distribución de la propiedad y hacia una disminución progresiva de las contradicciones sociales.

La idea que resalta insistentemente el autor alrededor de las casi mil páginas de la edición original en francés, es que a lo largo de toda su historia el capitalismo muestra una clara tendencia a incrementar los patrimonios privados², concentrando la propiedad en un polo e incrementando recurrentemente las desigualdades

sociales. Solo grandes shocks como las dos guerras mundiales del siglo XX, la revolución rusa de 1917 y la crisis de los años ‘30 establecieron –como excepción histórica– un límite a la desigualdad que retomó su curso ascendente durante las últimas décadas, tendiendo a recuperar en el presente siglo los niveles paradigmáticos de la Belle Époque³.

Piketty señala que entre 1900 y 1910 los patrimonios privados alcanzaban un valor promedio cercano a 7 y 5 años de ingreso nacional en los principales países europeos y en Estados Unidos, respectivamente. En un contexto de crecimiento económico-poblacional promedio relativamente bajo –que considera la norma del capitalismo–, se delinea un capitalismo patrimonial rentístico en el que el incremento de la desigualdad probablemente hubiera proseguido hasta niveles inimaginables de no ser por la sucesión de shocks de 1914/45. Luego de este período y como subproducto de la destrucción directa provocada por las guerras, los shocks

presupuestarios y políticos y el débil nivel de precios de los activos en la segunda posguerra, los patrimonios disminuyeron abruptamente pasando a representar en promedio, alrededor de tres años de ingreso nacional. Como consecuencia de la destrucción de los patrimonios y de la instauración de un nivel impositivo progresivo sin precedentes históricos, la desigualdad disminuye abruptamente y comienza un período de reconstrucción con un crecimiento promedio –sobre todo en Europa– excepcionalmente alto para los estándares capitalistas. Un hecho particular al que Piketty otorga fundamental importancia durante este período, es el surgimiento de una “clase media patrimonial” (fundamentalmente propietaria de su vivienda) que representa al 40 % del medio entre el 10 % más rico y el 50 % más pobre y que durante los años de posguerra se hace poseedora –tanto en Europa como en Estados Unidos– de aproximadamente entre un cuarto y un tercio del patrimonio nacional. El desarrollo de este sector resulta la principal transformación estructural con respecto a la distribución de la riqueza en el siglo XX. Piketty insiste sobre el hecho de que la baja concentración del capital, el alto crecimiento económico-poblacional y la disminución de las desigualdades que se producen luego de la guerra, constituyen una clara excepción en la historia del capitalismo. La norma es el crecimiento relativamente bajo, la alta acumulación de patrimonios privados y la desigualdad creciente. Solo shocks “externos” al sistema que provienen del lado de la política, principalmente las guerras y las convulsiones sociales –aún cuando estas últimas tienen un rol marginal en su análisis–, son capaces de revertir las condiciones aunque solo por un período de tiempo. De este modo, luego de la guerra la reconstrucción de los patrimonios se produce a alta velocidad y se acelera con la “revolución conservadora” a partir de los años ‘79/80. El crecimiento promedio disminuye, la globalización y la competencia entre estados impulsa reducciones de impuestos y sobre todo una estructura impositiva cada vez más regresiva, la acumulación patrimonial privada y la estructura de las desigualdades se acercan velozmente a los niveles principios de siglo. La acumulación de patrimonios privados representa hoy el equivalente a entre 5 y 6 años de ingreso nacional. No obstante y como resabio de la excepcionalidad de posguerra, aún se mantiene una clase media patrimonial actualmente amenazada de un empobrecimiento que suscitará fuertes reacciones

políticas. Piketty señala, a la vez, que principalmente a partir de 1990 se observa un persistente proceso de crecimiento de la desigualdad en la distribución del ingreso marcado fundamentalmente por el impactante crecimiento de los salarios de los gerentes, proceso que si bien aparece como tendencia mundial, muestra toda su espectacularidad en Estados Unidos (que es hoy claramente más desigual que los países europeos), donde las reducciones impositivas se transformaron en abultados sueldos gerenciales. En este contexto alerta que el pronóstico de un crecimiento bajo para las próximas décadas indicaría la tendencia a un desarrollo cada vez mayor de los patrimonios privados que iría de la mano con el avance de una sociedad cada vez más rentística, reproduciéndose bajo el signo del siglo XXI, las tensiones insoportables de la Belle Époque.

El reino del trabajo muerto

Piketty observa empíricamente el movimiento histórico de los patrimonios privados cuya acumulación extrema requirió en la primera mitad del siglo XX –y aún podría hacerlo nuevamente– una destrucción masiva (guerras mundiales y crisis del ‘30) como precondition de los llamados “Treinta Gloriosos”. Su investigación –aún desde el sentido común de los postulados neoclásicos– aporta elementos sugestivos que –al menos como guía⁴– resultan muy útiles para pensar y evaluar en términos empíricos, la evolución de lo que los marxistas concebimos como tendencia a la sobreacumulación del capital⁵ y sus consecuencias a través de la historia. Pero ¿cómo explica Piketty el movimiento que observa? Lo explica a través de lo que denomina la mecánica de la divergencia patrimonial. Un mecanismo que afirma que a través de la historia (salvo en el período excepcional de la posguerra) se verifica que el rendimiento del capital resulta recurrentemente mayor que la tasa de crecimiento económico de las sociedades. De modo tal que es suficiente que los propietarios del capital inviertan una pequeña parte del rendimiento –levemente mayor al crecimiento económico– para que la acumulación patrimonial se produzca a mayor velocidad que el crecimiento de la sociedad en su conjunto. En este contexto los patrimonios heredados del pasado siempre superan a los constituidos en el curso de la vida de las personas. La divergencia de los patrimonios privados y la sociedad de rentistas –que viven de la diferencia entre el rendimiento del capital y la inversión–, resultan factores que se desarrollan a la par. De este modo,

la brecha entre el rendimiento del capital y el crecimiento económico es para Piketty la fuerza motriz de la desigualdad en el capitalismo. Su objetivo es demostrar que el fundamento de la desigualdad no se debe buscar en la esencia misma del capital ni por tanto en el origen de su rentabilidad, sino en la sociedad de rentistas y en el peso de la herencia, que se derivan de la distancia entre el crecimiento económico y la rentabilidad del capital. Plantea para ello como hipótesis teórica extrema la identidad entre crecimiento y rentabilidad concluyendo que en un caso tal el propietario debería reinvertir cada año la totalidad del rendimiento del capital. Se acumularía por consiguiente tanto capital que los rentistas no tendrían ya más nada para consumir si desean que su capital crezca al ritmo de la economía, cuestión necesaria para mantener su estatus social. En este contexto los patrimonios constituidos en el curso de la vida de las personas serían compatibles con los “valores meritocráticos” y los “principios de justicia social que están en la base de nuestras sociedades democráticas modernas”. En sus palabras “es el ideal socialdemócrata de la posguerra: los beneficios financian la inversión y no el ritmo de vida de los accionistas”⁶. El problema es que la fuente fundamental de la desigualdad no se encuentra ni en las rentas que no se destinan a inversión, ni en la acumulación de capitales de distinta magnitud, ni en el “condicionamiento” del capital heredado. La fuente de la desigualdad en el sistema capitalista es el capital mismo que no es un “objeto” o sea algo idéntico al patrimonio, como lo trata Piketty, sino una relación social en la cual el trabajo vivo impago es el único factor capaz de incrementar el trabajo muerto contenido en el capital inicial, posibilitando su acumulación ampliada. No hay “valor meritocrático” capaz de engendrar capital: por más que se esmeren el propietario de los medios de producción y sus gerentes no tendrán forma de acrecentar el capital en ausencia de trabajo vivo impago. La desigualdad “original” frente a la propiedad de los medios de producción es la condición necesaria para la reproducción del capital. Es en la acumulación ampliada de capital y no en el consumo rentístico donde se halla la fuente de la desigualdad. Y por otra parte, es la propia dinámica de la acumulación del capital la que engendra tanto al “rentista” como la concentración del capital y por tanto la desigualdad en la distribución⁷. Por ello los “principios de justicia social de nuestras sociedades democráticas modernas” privilegian el derecho a la propiedad privada que garantiza la existencia de una clase de no propietarios de los medios de producción, »

obligada a vender en el mercado su fuerza de trabajo, única mercancía capaz de aportar la sustancia que valoriza al capital. No habitamos el reino de los muertos (el peso de la herencia) que, como sugiere Piketty, domina el mundo de los vivos, habitamos el reino de la propiedad privada del trabajo muerto (propiedad de los medios de producción) que domina al mundo del trabajo vivo (trabajo asalariado).

La negativa de Piketty a tratar al capital en su carácter histórico limitado le impide pensar una teoría de la historia del capital. Por ello no existen en todo su trabajo siquiera elementos de una teoría que aporte fundamentos a la explicación de las crisis capitalistas ni de las condiciones necesarias de su superación por parte del capital.

¿Una guerra, un impuesto?

Luego de haber acompañado al capitalismo durante toda su historia dando cuenta de datos impactantes como que en más de 200 años el 50 % más pobre de la sociedad no obtuvo nunca más del 5 % del patrimonio nacional; o que fueron necesarias al menos dos guerras mundiales y una crisis catastrófica para que el 40 % que se ubica entre el 10 % más rico y el 50 % más pobre, se haga fundamentalmente propietario de una vivienda en los principales países capitalistas; Piketty fundamenta esta regularidad

mediante una condición empírica –la distancia entre el rendimiento y el crecimiento– para la cual no ofrece explicación alguna. Lo cierto es que Piketty huye de cualquier ley interna del capitalismo que pueda explicar la regularidad que constata; su objeto es demostrar que a pesar de la desigualdad creciente que engendra, el capital es la única forma posible, *natural*, de la existencia humana. Es por ello que en su análisis el crecimiento económico aparece como una especie de *Deus ex machina*, independiente del rendimiento del capital y de la voluntad de los capitalistas, así como el rendimiento del capital brota a su turno como una entelequia sin más explicación que una identidad contable. Por el mismo motivo, al identificar capital con patrimonio⁸ trata al capital no como una relación social, sino como una *cosa* que tiene la propiedad *útil* o *natural* de arrojar un rendimiento. Siguiendo la misma lógica, en la exposición relativa al incremento de las desigualdades en la distribución del ingreso durante los últimos 30 años, destaca la acumulación en un polo pero nunca la ofensiva sistemática desatada por el capital sobre el trabajo asalariado. Piketty busca otorgar fuerza de ley a la diferencia entre rendimiento del capital y crecimiento económico oponiéndola de hecho –con una crítica llamativamente deficiente que, más allá de la riqueza del tema, ya cuenta con refutaciones empíricas⁹– a la ley tendencial

histórica a la caída de la tasa media de ganancia expuesta por Marx en el tomo III de *El capital*. Su aseveración de que la fuente del crecimiento de la desigualdad se debe a la divergencia significativa y duradera de la tasa de rendimiento privado del capital y la tasa de crecimiento económico, tiene el principal objetivo de fundamentar la política económica que propone. Luego de haberse preguntado varias veces si será necesaria otra guerra, señalando que esta vez sería verdaderamente mundial, Piketty propone como alternativa reducir la brecha entre el rendimiento del capital y el crecimiento económico a través del establecimiento de un registro internacional de los patrimonios y la aplicación de un impuesto anual progresivo moderado sobre las fortunas. Un impuesto del 1 o 2 % según la magnitud del patrimonio, que en caso de Unión Europea equivaldría a alrededor del 2 % del PBI europeo. Una política sorprendentemente timorata que no va más allá del objetivo de “poner en caja” al “rentista” para estimular el desarrollo del capital productivo con un importante parecido a la tasa Tobin, que amén de su carácter inofensivo ya sufrió distintos recortes y fue aplazada en la Unión Europea hasta 2016. Al menos hay que reconocer que Keynes, quién también perseguía la utopía reaccionaria de reproducir en condiciones de paz las bondades de la guerra fue

DE DERECHA A IZQUIERDA SOBRE PIKETTY

ESTEBAN MERCATANTE

Economista, comité de redacción.

Hacia un buen tiempo que un libro de economía no impactaba como lo ha hecho *El capital en el siglo XXI*. Aun los críticos lo reconocen como un libro muy importante, aunque más no sea por el alcance de la base estadística sobre la que se apoya, que abarca más de 20 países y cubre en algunos de ellos –Francia e Inglaterra– un período de 200 años.

Desde todo el espectro político se ha vuelto una obra de comentario obligado. En EE. UU. el autor la presentó nada menos que de la mano de dos premios Nobel, Joseph Stiglitz y Paul Krugman, con ambos deshaciéndose en elogios a la obra. El panorama que plantea el trabajo de Piketty es mucho más sombrío que el que dibujan estos neokeynesianos, y las intervenciones propuestas en su libro –utópicas, como él mismo reconoce– van más allá de los reclamos de un plan de gasto público más audaz y algunas reformas que defienden Krugman y cía. Pero esto no impidió que lo usaran

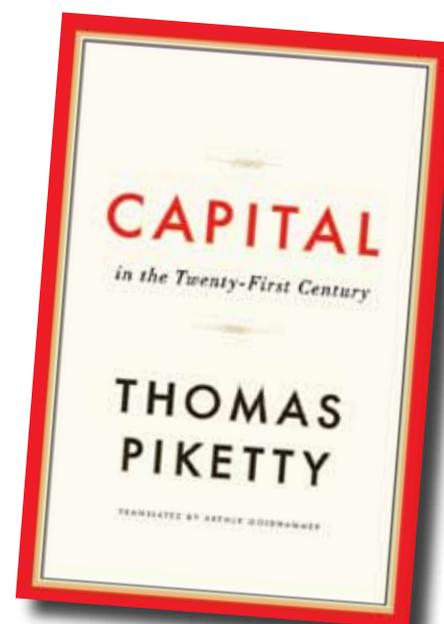
para construir su caso para que los sectores “progresistas” del partido demócrata batallaran más firmemente contra el consenso bipartidista que limita el gasto público y mantiene una regulación económica favorable a los ricos.

Alejándonos de este centro, hacia izquierda y derecha, la recepción se hace menos cálida. Hacia derecha, en algunos medios conservadores el libro directamente desató respuestas alarmistas. *The American Spectator* tituló que Piketty era la “cobertura intelectual para la confiscación”; la tapa exhibe a un verdugo al lado de la guillotina, que alza con su mano izquierda *El capital en el siglo XXI*. *Financial Times*, por su parte, inició hace algunas semanas una campaña para desacreditar el libro. Afirma que se encuentran “problemas con los datos y errores en el trabajo del profesor Piketty. Estos incluyen ingresos inexplicados en sus planillas, selección ecléctica de las fuentes de datos, y errores de transcripción”.

Esto debilitaría su tesis de que en el capitalismo se registra una tendencia natural a una concentración cada vez mayor de la riqueza en manos de los ricos. Sin embargo, incluso *The Economist*, que comparte la misma aversión por el planteo del economista francés, salió a distanciarse de estas críticas y consideró correcto el manejo de datos. Para *The Wall Street Journal*, el libro es “menos un trabajo de economía que un ladrillo ideológico estafalario”. Panos Mourdoukoutas señaló en *Forbes* que el libro proveyó de munición a los progresistas que quieren “promover una agenda política antigua que mata el crecimiento económico y la prosperidad en nombre de la igualdad económica”. Otros autores, como la estrella de la “nueva” economía neoclásica Tyler Cowen, cuestionó la idea de que el retorno de capital se mantendrá siempre por encima del crecimiento de la economía, y señaló que “la preocupación de Piketty por la

–amén de su conservadurismo extremo– notoriamente más audaz. Lo inverosímil de la intención de reemplazar el rol destructivo de las guerras mundiales y de las propias crisis capitalistas con un simple impuesto, hace que el contraste entre la constatación empírica de Piketty y la salida propuesta salte a la vista como problema de la propia estructura lógica de la obra. Es cierto que “La dificultad surge porque el análisis económico de la distribución del ingreso se aborda desde un enfoque neoclásico que por definición es asocial y ahistórico”¹⁰. Se pone de manifiesto que Piketty no extrae conclusión alguna con respecto a la relación entre los hechos históricos monumentales del siglo XX que analiza y los límites del capital. No otorga importancia a su propia verificación entre la destrucción masiva de capitales que se confirma en la disminución patrimonial de posguerra y el fuerte incremento de la tasa de rentabilidad que observa. Del mismo modo, si retomamos lo que Piketty denomina el “ideal socialdemócrata de la posguerra”, no hallaremos en su libro otro motivo –más allá del tiempo y el azar– que explique por qué la “divergencia patrimonial” se coló en el “ideal socialdemócrata” poniendo fin a los llamados “Treinta Gloriosos” y abriendo paso nuevamente a la “norma” del capital. ●

1. Piketty defiende explícitamente la política de colaboración de clases de Bernstein.
2. Piketty trata como sinónimos al patrimonio y al capital.
3. Período de la historia de Europa comprendido entre la última década del siglo XIX y la Primera Guerra Mundial.
4. Algunos autores critican metodológicamente la evaluación empírica de Piketty, ver por ejemplo Husson, M., “Le capital au XXIème Siècle, Richesse des données, pauvreté de la théorie”, disponible en hussonet.free.fr.
5. Factor explicativo en última instancia, tanto de las guerras mundiales como del actual estancamiento de la economía capitalista.
6. Piketty, T., *Le capital au XXIème Siècle*, París, Edition du Seuil, septembre 2013, p. 927, traducción propia.
7. El aspecto de la relación entre concentración y desigualdad lo desarrolla Astarita, R., en “Reflexiones desde el marxismo sobre el libro de Piketty”, disponible en rolandoastarita.wordpress.com.
8. A propósito de este aspecto ver Milanovic, B., citado por Husson, M., *op. cit.*
9. Ver Michael Roberts Blog, “A world rate of profit revisited with Maito and Piketty”, thenextrecession.wordpress.com.
10. Astarita, R., *op. cit.*



riqueza heredada también parece extrañada”. Para Cowen los “ricos ociosos” son un recurso cultural valioso.

Si nos movemos del centro hacia la izquierda, encontramos al economista poskeynesiano James K. Gallbraith, quien señala que el libro no tanto es sobre el capital en ningún sentido que tenga que ver ni con la categoría de Marx ni con ninguna noción de “capital físico”, sino que “es más que nada sobre la valuación de los activos tangibles y financieros, su distribución en el tiempo y la herencia de riqueza de una generación a la siguiente”. Sobre esta base teórica, Piketty termina convirtiendo a la desigualdad en un resultado “natural” de la evolución de los rendimientos en relación al crecimiento. Thomas Palley sostiene que buena parte de la efusiva recepción del libro por parte del *mainstream* económico está vinculada al eclecticismo de inspiración neoclásica de Piketty. Lo que el libro dice en sus

tesis centrales es algo que varios economistas de la izquierda progresista norteamericana vienen sosteniendo hace tiempo. Sin embargo, “los economistas del *mainstream* tienen dificultades para reconocer trabajo de tales fuentes, porque reconocer es legitimar”; en cambio, el libro de Piketty “provee una explicación del agravamiento de la desigualdad desde el *mainstream* neoclásico”. Para Palley, este libro tiene en potencia la posibilidad de abrir el debate sobre las políticas de libremercado, algo que no está en la intención de Piketty pero que hace involuntariamente al sugerir, aquí y allá, que la tasa de ganancia y la de crecimiento están política y socialmente determinadas, contrariando en esto al enfoque neoclásico. Pero también puede habilitar un giro “gatopardista” de relegitimar a esta alicaída economía neoclásica. Las prescripciones de Piketty, enfocadas en el sistema impositivo sin atender las “instituciones económicas y estructuras

de poder económico”, irían en ese sentido. Sería un “cambio sin cambio” sustantivo en las políticas económicas.

Desde el marxismo, David Harvey, Branko Milanovic, entre otros, criticaron correctamente las categorías del libro de Piketty, referidas más a la riqueza que al capital.

El impacto de este libro en todo el espectro, es un síntoma del malestar ante la crisis, y de las crecientes dificultades para generar consenso con las políticas que aseguran el funcionamiento del capitalismo en beneficio de “el 1 %”. Una conmoción profunda, agravada por el hecho de que la clase política se debate entre mantener el *statu quo* en beneficio de los ricos o encarar algún incremento del gasto –el planteo más audaz que algunos llegan a esbozar–. Terreno fértil para, distanciándose de las utopías de encauzar las contradicciones del capitalismo que propone Piketty, discutir las vías para superarlo, instaurando las bases de una sociedad sin explotadores ni explotados.